

cómo nuevos investigadores pueden reconstruir, por medio de entrevistas y con las propias palabras de los protagonistas, los hechos vividos. Este género, como el ponente lo relata, ha encontrado cierta resistencia entre los amantes de las grandes teorías.

Para completar el panorama de la literatura en los Llanos, el libro reproduce poemas, cuentos y ensayos llaneros. Además de las selecciones de la producción literaria de los ponentes antes citados, se encuentra también una muestra de Luis Caroprese Quintero, Álvaro Ruiz, Silvia Apon-te, Héctor Paúl Vanegas, Alfonso Medina Delgado, Humberto Amaya Luzardo, Jorge Navea Hidalgo y Adolfo Rodríguez. De la lectura de esta cautivadora selección, no queda la menor duda de que la literatura en los Llanos colombianos es pujante y está entrando en una etapa de promisorias perspectivas.

Quedó indicada en el texto la trascendencia, para los Llanos, de *La vorágine* de José Eustasio Rivera y *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos. Mientras que en Venezuela ambas obras maestras se admiran, en Colombia se cuestiona parte de la novela de Rivera, y una mayor profundización en este aspecto con seguridad hubiera arrojado luces adicionales sobre la naturaleza de la literatura en los Llanos.

Merecen felicitaciones los promotores y patrocinadores de *Sobre los Llanos*, libro que proyecta una visión acogedora y muy agradable. Después de haber saboreado con deleite los escritos, se termina la lectura con pesar de haber acabado, y se espera con interés la aparición de un siguiente tomo, que nos muestre otros avances de la rica producción literaria en los Llanos.

RENÉ DE LA PEDRAJA TOMAN

Entre la imprecaución y el ridículo

Diario secreto

José María Vargas Vila

Selección, introducción y notas de Consuelo Triviño. Arango Editores-El Áncora Editores, Bogotá, 1989, 210 págs.

La señora Triviño es la primera colombiana que ha tenido acceso a los originales del llamado "Diario secreto" del panfletario colombiano Vargas Vila. Lo consiguió bajo el auspicio de la Comisión Cultural del V Centenario del Descubrimiento de América, de España, y con la ayuda de los directivos de la Biblioteca Nacional José Martí, de La Habana, institución que tiene bajo su tutela el preciado diario, que reposa en el archivo del Consejo de Estado de Cuba.

La primera decepción que se lleva el lector es enterarse de que se trata de fragmentos escogidos por Consuelo Triviño, lo cual suscita cierto resquemor por tener que leer lo que otro, a su libre y real albedrío, ha subrayado para conocimiento público. De manera que no hay continuidad en las expresiones de Vargas Vila, sino destellos apenas de su sen-



tir y pensar, aislados por los cientos de páginas aún inéditas y custodiadas en caja fuerte.

No obstante —salvo los párrafos de escándalo que llamaron la atención de la tijera y que comentaremos más adelante—, lo que se nos permitió leer es suficiente para revelarnos a un hombre amargado, repudiado y amado, solitario y asediado por la turba, grande y miserable, ególatra y entregado al amor de su hermano Antonio y de su mano derecha, un poeta venezolano del montón, Ramón Palacio Viso, a quien el propio Vargas Vila declarara su heredero universal.

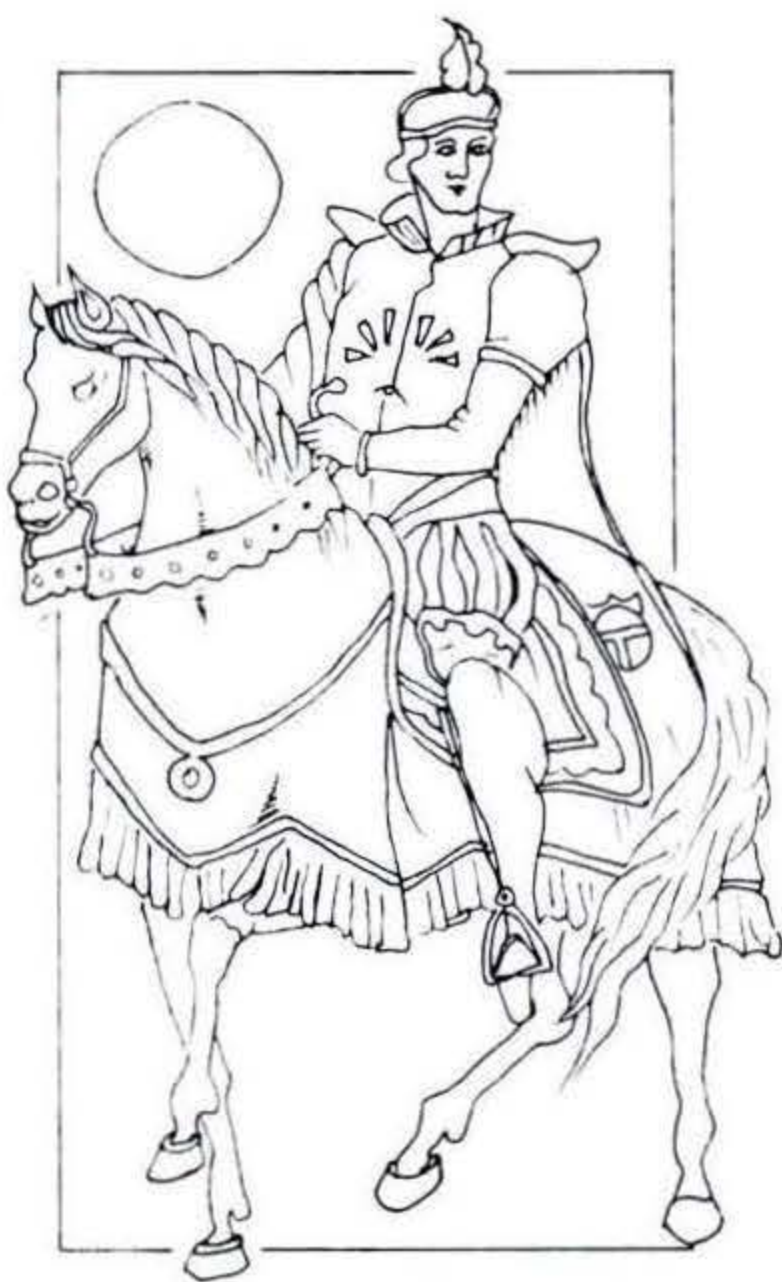
Vargas Vila, además de esos dos amores inmediatos y de los cientos de odios acumulados, vive en gran medida de sus recuerdos y de la idealización de su madre y de su patria, pese a que ésta no le otorgó favor alguno, distinto del accidente de haber nacido en Bogotá y recibido el bautizo en la iglesia de Santa Bárbara, circunstancia que siempre lamentaría —ya excomulgado—, alegando con orgullo ser un ateo de racamandaca y sin arrepentimiento alguno.

No es difícil deducir por qué atrajo tantos lectores durante el último decenio del siglo XIX y el primero del presente, si nos atenemos a su recurso del lenguaje directo, cargado de imprecações, irreverente, alfilerozo, punzante y con fuerza descrestadora. Además, su asombrosa seguridad en sí mismo, que raya con el ridículo, debió de atraer parroquianos deslumbrados con expresiones tales como: "Si yo quisiera ser un clásico, lo sería. Nada tan fácil como el período redondo". O esta otra: "Creo ser, entre los escritores de habla española, el que más ha enriquecido el idioma". Una más: "Yo no escribo para el público. Antes bien, lo desprecio".

Son frases sacadas con pinzas de la extensa entrevista que Rafael Maya le hiciera en Barranquilla el 27 de abril de 1924, la última vez que Vargas Vila estuvo en su país, luego de 38 años de exilio, primero justificado, luego voluntario. Esa seguridad y creencia de ser superior, se refleja también en su *Diario*. Ahí encontramos bellezas como éstas: "Yo soy mi propio Dios y me adoro con delecta-

ción". Otra: "Nunca estoy más solitario que en medio del tumulto". Sigamos: "[la] época pre-vargasviliana, carente de todo mérito de arte". Escribe: "De todas las pasiones que inspiré, sólo el Odio me es amado". Finalmente: "los hombres del presente ¿qué podrán decirme que yo no les haya dicho o que yo no sepa ya?".

¡Pobre Vargas Vila! Ciertamente es que su lenguaje encendido despertó muchas conciencias atrapadas en la adormidera de la indiferencia, replanteó los principios estereotipados del amor, insultó a más no poder a la mujer (refiriéndose a Emilia Pardo Bazán, dijo que era "llena de prejuicios y de aberraciones mentales, como corresponde a su sexo"), fue iconoclasta, no inclinó la cerviz ante política ni religión y se dio el lujo de ser independiente y libre en su vida, cosa que para un hombre de su tiempo no debió de ser fácil.



Pero su vida fue facilista. Le cogió el tiro a lo que la gente quería leer y se dio a la tarea de producir como demente, de escribir con la certeza de que más de una editorial estaría interesada en publicarle, y llenó sus bolsillos de oro. Cuando el 12 de diciembre de 1923 emprende una gira por América —en la que gastó casi toda su fortuna—, advierte que escribirá

un diario de viaje "destinado a una pronta publicación". Todo lo que hace le parece de suma importancia para el mundo. Cataloga hasta su epistolario y lo incluye en su testamento a favor de Palacio Viso, como patrimonio intelectual susceptible de usufructo.

Si a esta existencia tacaña y gris le adicionamos sus temores —que a la vez le satisfacen—, tenemos el retrato del perfecto excéntrico ávido de llamar la atención. En las páginas de su *Diario secreto* no hace otra cosa que aludir a la soledad, a la tristeza, al aislamiento, al dolor, a sus enfermedades, a la vejez, a la injusticia, a la muerte —que espera con amor y sosiego, con deseo, según él—, a la desgracia de su hijo adoptivo y heredero, quien se va quedando ciego, a su carencia de capital —se metió en la aventura de comprar unos automóviles que llevó a Cuba, y lo quebraron—, a su cansancio.

Sí, en sus últimos años —falleció en Barcelona el 23 de mayo de 1933— se acentuó su desgracia de ser ondeante, perdió la poca fe que tenía en el ser humano —en Dios nunca la tuvo—, se sintió fracasado porque sus lectores no se contaban numéricamente como antes, saboreó el comienzo del olvido y vivió la sensación de haber escrito mucho, ganado bastante, derrochado todo y yacer como si nada hubiera sucedido.

Quién sabe qué habrá pensado, en esos meses finales de limitaciones, acerca de las personas a quienes injurió. Debía de mantenerse firme, puesto que su diario no recibió alteración alguna. Escribió de Santos Chocano: "tiene la inmunidad del excremento"; de Eugenio d'Ors: "es conmovedor el esfuerzo que hace para pensar sin lograrlo"; de Pío Baroja: "cree que el arte es una pianola y la toca con los pies... por no decir que con las patas"; de Jaime Balmes: "tan absurdo, que tuve necesidad de rebatirlo"; de Amado Nervo: "hombre alto, esquelético, sucio y bohemio"; de Marco Fidel Suárez: "[fue] el hijo de sí mismo, ya que no pudo saber de quién"; de Enrique Gómez Carrillo —su más odiado enemigo—: "parásito libidinoso, empeñado en buscar abrigo bajo los harapos de la gloria". Etcétera.

Ese es el gran mérito de los fragmentos del diario de José María Vargas Vila, que enseña Consuelo Triviño: la de permitir, después de tantos años y cuando su generación ha sido inhumada, acercarnos a la personalidad y al pensamiento íntimo de un hombre que, gústenos o no, no fue del montón, tuvo severos rasgos de originalidad, escandalizó y cuestionó y ha sobrevivido en la memoria colectiva, por encima de muchos de sus contemporáneos.

La introducción de Consuelo Triviño es relativamente breve, pero concisa, objetiva en lo que se refiere a Vargas Vila, con algo de anécdota, de análisis del contenido de lo que leyó y con datos que pueden dar pie a un estudio más profundo sobre la vida y obra del escritor. Peca en algunas aseveraciones ligeras. Como esta de manifestar, así como así, que "la cultura oficial en nuestro país ha despreciado las manifestaciones populares". Contradice de tajo la labor de miles de casas de cultura salpicadas en la geografía colombiana y los esfuerzos de otras instituciones nacionales que luchan de cuerpo presente y a través de radio y televisión, no sólo por evitar la aculturación sino también por alimentar la afirmación de la idiosincrasia de cada zona del país.

Como lector me quedó una duda. El propio Vargas Vila afirma no haber usado jamás seudónimo alguno ni escrito algo sin su nombre al pie. El prologuista de este libro, Rafael Conte, dice que nunca Vargas Vila cambió su nombre, y la señora Triviño se muestra conforme con eso. Sin embargo, está escrito que José María Vargas Vila era hijo legítimo del general José María Vargas Vila y la señora Elvira Bonilla Matiz. ¿Su nombre real no sería, entonces, José María Vargas Bonilla?

HOLLMANN MORALES